

# La catequesis, taller de experiencia de Dios

## Sugerencias para el desarrollo de itinerarios

*Donaciano Martínez<sup>1</sup>*

### **PRESENTACIÓN: EL TEMA Y SUS LÍMITES**

El título permite deslizarse insensiblemente hacia un discurso sobre Dios en la catequesis. Sería el tratamiento más fácil. Es lo que solemos encontrar en la documentación oficial y en los estudios sobre la catequesis y que, por tanto, está al alcance de una elaboración sin necesidad de despertar la imaginación y sin el esfuerzo creativo que entraña esta reflexión.

Creo que esa forma de tratamiento no era la intención que contenía el correo que nuestro nuevo presidente Alberich me envió<sup>2</sup>. La palabra clave del título es “taller” y dentro de ese marco el que sea taller de la experiencia de Dios.

Reconozco que el tema es seductor. También es, tal y como yo lo he entendido, un tema denso que no puede abordarse sólo con una ponencia sino que demanda un ejercicio de reflexión y debate al que ha de seguir un proceso sosegado y participativo de elaboración, incluso de ensayo y realizaciones experimentales.

Lo acepté porque era la primera petición que el querido maestro me hacía en esta etapa de su presidencia y lo voy a desarrollar convencido de que me toca en suerte abrir el camino de un tema que va a requerir más estudio y diálogo en el ámbito de AECA.

Mi comunicación, por una parte, se centra disciplinadamente en plantear que la catequesis no se limite a un discurso o relato, por bueno que sea, sobre

---

<sup>1</sup> Especialista en pastoral. Miembro de AECA. Es Director del Centro Teológico de Formación de Agentes de Pastoral de Palencia.

<sup>2</sup> N. de la R. El autor se refiere a Emilio Alberich, presidente de AECA.

Dios, sino a plantear que sea momento de experiencia de Dios. Creo que es una primera y buena aplicación del nuevo paradigma de iniciación cristiana en el que tiene predominio la pedagogía iniciática.

Y por otra parte, dada la amplitud del tema, no puede ir más allá de plantear con precisión (ojalá lo consiga) la propuesta que acabo de señalar y de sugerir pedagogías de realización (pedagogías que habrá que diseñar despacio confrontando pareceres y, sobre todo, será necesario llegar a desarrollarlas metodológicamente).

Tal y como están organizadas estas XXVII jornadas, mi exposición no es sólo posterior a la de Juan Martín Velasco sino que debe ser subsiguiente. Por eso le rogué que me aportara sus ideas y él ha tenido a bien enviarme el contenido base anterior a la última redacción de su ponencia. A partir del material que me envió he elaborado la primera parte de mi comunicación<sup>3</sup>. Igualmente he de manifestar que para la segunda he contado con las aportaciones solicitadas verbalmente a R. Panikkar<sup>4</sup>.

Espero que con estos datos quede clarificado el enfoque de esta ponencia y señalados los límites de mi intervención. Pensando en los límites he puesto el sencillo subtítulo: Sugerencias para el desarrollo de itinerarios.

Divido mi exposición, después de esta presentación, en dos grandes partes y un epílogo.

0. Presentación: el tema y sus límites.

1. Marco base de comprensión.

- 1.1. Opción por lo iniciático.
- 1.2. Una experiencia en el proceso.
- 1.3. Los sujetos de la experiencia.
- 1.4. La experiencia de Dios.
- 1.5. Vivenciada hoy.

---

<sup>3</sup> Por esta razón tendré que citar simplemente evocando su nombre y entrecorriendo sus frases.

<sup>4</sup> Para reflejar sus palabras unas veces me limitaré a indicar "según dice R. Panikkar" y, siempre que me es posible, cito su libro al que él mismo hacía referencia.

## 2. Pedagogías para los talleres.

2.1. Carta de apertura.

2.2. Estructura de los relatos.

2.3. Los siete talleres.

1. Taller: El silencio de la vida.

2. Taller: ¡Esto no es todo!

3. Taller: Al fondo de tus experiencias.

4. Taller: Una jornada con Jesús.

5. Taller: Abriendo puertas de oración.

6. Taller: Inmersión en la experiencia de los otros.

7. Taller: Ecos de los testigos.

2.4. El reto del guía - animador.

## 3. Epílogo.

### **MARCO BASE DE COMPRENSIÓN**

Tal y como he planteado el tema no pretendo descubrir que en la riqueza y dimensiones, en los objetivos y meta, en las pedagogías y metodologías de la catequesis late, “anda presente” la experiencia de Dios; tampoco busco demostrar que toda catequesis es un camino para la experiencia en nuestra vida del Dios manifestado en Jesucristo.

La pretensión (ya indicada en la introducción) es una determinación más concreta, puntual y específica, aunque entiendo que sí es una visión transformadora de la acción catequética en la línea del nuevo paradigma de la iniciación cristiana.

Sencillamente lo que planteo es que al interior mismo del plan catequético y formando parte de sus programas estén presentes talleres como lugares en los que vivir la experiencia de Dios.

Esta es la propuesta fundamental de mi intervención. Me atrevo a decir que si logro que esa proposición quede clarificada y justificada, orientada y motivada, y si logro además abrir un camino en esa dirección, daré por conseguido el objetivo de mi reflexión.

En esta primera parte de la exposición intento señalar las bases de comprensión de la propuesta que acabo de formular.

### **Opción por lo iniciático**

En primer lugar es necesario que haga memoria del marco paradigmático en el que se ubica este ensayo de propuesta.

Lo conocemos todos porque fue presentado en las jornadas del 2003 y está compartidamente formulado en el primer cuaderno AECA: Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy.

Deseo recordar ahora que, según hemos dicho en ese cuaderno, uno de nuestros empeños de transformación de la catequesis consiste en superar el esquema escolar<sup>5</sup>; emprender este paso nos lleva, según mi parecer, a programar para la catequesis otros tipos de encuentro distintos de la reunión semanal o quincenal con el material de estudio en la mano, pero formando, dichos encuentros, parte del programa catequético.

Deseo traer a la memoria que entre los factores implicados para diseñar el nuevo paradigma está el predominio de la pedagogía iniciática; ésta nos exige que el grupo catequético se inicie en experiencias, se acostumbre a vivir experiencias y trabaje por adentrarse en ellas.

Decíamos que, en este sentido, la catequesis “no trata de decir lo que hay que hacer” con métodos más o menos activos, más o menos experienciales (en el sentido de ser evocadores y motivadores de la vida); lo que importa es que, en el acto vivo de la catequesis, “se trate de hacer lo que se dice” pues “no se trata de proponer lo que hay que vivir sino de vivir lo que se propone”<sup>6</sup>.

Aplicado este criterio a nuestro tema, hemos de decir que, con nuestra propuesta, no se trata de limitarnos a hablar de Dios o de proponer cómo hablar

---

<sup>5</sup> AECA, Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy, PPC, Madrid, 2008, 49.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 39.

de Dios teniendo en cuenta los modos y lenguajes elocuentes para el hombre de hoy que habita la modernidad (tema que ha sido y sigue siendo abundantemente tratado) o de leer la vida para descubrir el paso de Dios por ella (haciendo una lectura creyente al modo de la metodología antropológica); se trata de que la catequesis sea ámbito en el que se viva, o mejor dicho, vivamos la experiencia de Dios.

Dicho de otra manera (utilizando también terminología del mismo cuaderno), que la catequesis sea lugar de inmersión progresiva en esa experiencia, de familiarización con esa vivencia alcanzando así un aprendizaje experiencial<sup>7</sup>, que consiste en experienciarla y, experienciándola, capacitar para habituarnos a vivirla y a vivir todo desde ella.

### **Una experiencia en el proceso**

No es lo mismo reflexionar sobre una catequesis –entendida en sentido amplio– como lugar de experiencia de Dios con la intención de ofrecer ese espacio a los ya iniciados e incluso consolidados en la fe, que ofrecerlo a quienes están, por una u otra razón, en proceso de iniciación. Bien distinta ha de ser la presente reflexión pensando en unos u otros destinatarios.

Esta exposición se sitúa primariamente y expresamente en la catequesis de iniciación, en cualquiera de sus etapas, incluida la primera. Esto nos obliga, en el descubrimiento y descripción de los talleres, a tener en cuenta una serie de situaciones, niveles y también factores.

Entre estos se encuentra el cultivo de la infraestructura humano - espiritual<sup>8</sup> que abre a la experiencia de Dios (como pueden ser los ejercicios de “entrar dentro de uno mismo, mirar en profundidad, despertar preguntas, vivir experiencias humanas hondas, ponernos en trance de relación con la realidad que nos sobrepasa y nos allega a la trascendencia”).

Cuando lleguemos a la presentación de los posibles diversos talleres también

<sup>7</sup> Ibid., 49.

<sup>8</sup> Ibid., 47.

podremos comprender cuáles son más adecuados a las distintas situaciones y, sobre todo, más oportunos o necesarios en uno u otro de los niveles del proceso de iniciación.

### **Los sujetos de la experiencia**

Hemos ubicado la reflexión en el proceso de iniciación pero en este proceso podemos encontrarnos con distintos destinatarios. Y esta referencia es fundamental a la hora de los planteamientos y las propuestas.

En esta reflexión he tenido como referencia los jóvenes - adultos o si preferís los adultos y jóvenes de hoy. En relación a ellos está pensada la primera ponencia. Y en relación a ellos debe pensarse esta segunda.

Ha de ser así no sólo por coherencia entre ponencias sino también por coherencia con el criterio de que el prototipo de catequesis de iniciación es el de adultos. Así se afirma en los mismos documentos oficiales; y nosotros hemos pensado a partir de los jóvenes - adultos el nuevo paradigma de iniciación dentro de cuyo diseño seguimos reflexionando.

Esto no quiere decir que lo que voy a exponer no pueda ser aplicable a los niños/adolescentes en su proceso continuo de iniciación; lo es; puede y debe serlo; a ellos también nos referíamos al hablar del nuevo paradigma.

### **La experiencia de Dios**

No tendría que introducir este punto en mi exposición porque es el contenido de la primera y fundamenta este punto en relación a esta segunda.

No obstante, después de haber estudiado, y ayer escuchado, un relato tan denso y profundo y también tan ancho y alargado en aproximaciones, precisiones, implicaciones y derivaciones relativas a la experiencia de Dios, pienso que he de acotar a qué voy a referirme cuando propongo una catequesis que sea taller de experiencia de Dios.

Dejo a un lado todo el abanico de experiencias posibles que aparecen en la constelación descrita siguiendo el estudio de los múltiples términos análogos

explicados por Juan Martín Velasco y me centro en la clarificación ofrecida sobre Dios y sobre la posibilidad de experimentar a Dios.

Desde esta delimitación, mi reflexión recoge y responde a una concreta hermenéutica del término “experiencia de Dios”. Al proponer que la catequesis sea una experiencia de Dios, voy a referirme a un tipo de experiencia que se caracteriza negativamente por no depender de las noticias que otros, en este caso el catequista, puedan darnos de Dios, sino que se caracteriza “positivamente por el conocimiento experiencial obtenido mediante el contacto vivido con esa realidad”.

“Para percibir, dice Juan Martín Velasco, la diferencia entre estas formas de conocimiento basta comparar el conocimiento que se pueda tener del amor por lo que otros han vivido y nos cuentan de él, porque conozcamos los numerosos textos que ha producido su estudio a lo largo de la historia, con el conocimiento que posee quien ha tenido la dicha, conscientemente vivida, de ser amado y amar personalmente”.

Equivale, pues, a “encontrarse con Dios en la única forma que es posible al hombre ese encuentro”; a saber, partiendo de la ley original de que en esta relación Dios es quien tiene la iniciativa (y yo tengo interés en añadir que esa iniciativa Él la tiene siempre y con todos) y de que nosotros lo que podemos hacer es dejarnos tocar por Él.

En este sentido se trata de “un saber patiens”. En el enfoque de la catequesis que estamos planteando lo que proponemos es que la catequesis puede y debe facilitar a otros las condiciones para que puedan dejarse tocar por esa Presencia y de esto va nuestro tema.

Es cierto que esta experiencia puede suceder como un acontecimiento inesperado y, al menos aparentemente, no preparado; pero en el contexto de nuestra tarea de iniciación y en la perspectiva de la pedagogía que intentamos exponer, **es una experiencia a cultivar** que puede tener una primera etapa “de tanteo”, que puede pasar de oscuridad - clara hacia clara - oscuridad hasta llegar a que, ejercitada por una práctica prolongada, “produzca en quien la realiza una cierta connaturalidad”, una relación con Dios que podemos llamar fami-

liar y que, además, tiene el carácter de ser gozosa. Me parece fundamental subrayar este aspecto, que ha de ser tenido bien en cuenta a la hora de planear los talleres: se trata de una experiencia que debe ser entendida en clave de **disfrutar**.

Como en mi propuesta no voy a referirme a ninguna experiencia extraordinaria de Dios en algún momento especial sino a la sencilla presencia lograda en el recorrido catequético, no podemos olvidar el camino procesual del encuentro con Dios.

Las características de esta experiencia procesual se derivan de dos elementos interactivos: por una parte esa realidad radical, que bien llamamos Dios, es trascendente y, a la vez, inmanente con una presencia-para-nosotros activa como existencia en acto de manifestarse, comunicarse, entregarse y requerir respuesta; por otra parte, nuestra realidad, nosotros los humanos, somos sujetos capaces de acoger y de entablar con ella mutuo influjo.

Dios es el totalmente Otro, pero presente en esta realidad, en el corazón de las personas y, para nuestra Tradición cristiana -no dejemos esta originalidad nuestra en la penumbra o en el olvido-, lo está de modo singular, originalmente único, en Jesús de Nazaret.

Cualquier paso para el encuentro de esa presencia que nos propongamos dar o cualquiera de las pedagogías, que es la intención de esta ponencia, que deseamos ofrecer a otros para posibilitarles dar esos pasos, cuenta con que todos esos pasos están precedidos del paso previo de Dios al hombre.

Ahora bien, demos también por hecho que ese paso previo de Dios ya está dado porque como dice Raimon Panikkar “no hay escisión del ser del hombre con el Ser de toda realidad...”; la realidad es su locus inmanente; la trascendencia reside en el corazón mismo de las cosas. Por ello, a la advertencia escuchada de tener en cuenta esa ley de la precedencia de Dios hemos de añadir la afirmación de que toda persona es “capax Dei”, como decían los clásicos de la teología medieval, en la medida que lo reconocemos como fundamento y origen, consistencia y horizonte.

Precisamente es esa capacidad la que lo hace verdadero hombre. El hombre no es hombre por ser un animal racional según afirmaba una vieja definición. Vestigios de inteligencia pueden encontrarse, en distintas medidas, en los animales. Lo que hace al hombre “hombre” es su capacidad de apertura a la trascendencia. Los animales no hacen la experiencia de Dios. Abierto queda el misterio del porqué unos hombres parecen más despejados que otros para esa experiencia.

Esa experiencia tiene el sabor de perder pie en uno mismo y llegar al manantial del que procede el curso de la propia vida y entrar en relación con ese fondo de nosotros mismos, que para nosotros es con una única y total plenitud el fondo del ser de Jesús.

Me he detenido en estas afirmaciones porque están en la base de la estructura que subyace al relato de las pedagogías que presentaré en la segunda parte para promover una catequesis taller de experiencia de Dios.

Finalmente, antes de pasar a la segunda parte es necesario dejar claro que cuando hablo aquí de experiencia de Dios no me refiero al primer tipo de los tres fundamentales presentados por Juan Martín Velasco, a saber, “la experiencia mística”, sino al segundo de ellos y con matices. Él describe este segundo tipo como “experiencia de Dios bajo la forma de sentimiento intenso de su presencia”. En mi propuesta **matizo** este tipo formulándolo en una tonalidad más sencilla tomando el enfoque de Teresa de Jesús: sentirse en relación con Dios (ella, desde su experiencia de Dios en Cristo dirá literalmente: “estar cabe mi Cristo”).

También asumo el tercer tipo por él presentado: “las experiencias de Dios en medio de la vida” pero ubicándolas en el ámbito de nuestro propósito. Lo digo porque, al suceder esas experiencias en el mismo dinamismo del vivir, teniendo en cuenta el ángulo de nuestra aproximación al tema, lo que en el taller podemos hacer es revivir como llamarada la brasa entonces sentida o encender la llama para descubrirla y aprender a sentirla luego en la vida ordinaria como mística de la cotidianidad, soplada no sólo por el Espíritu sino por las condiciones creadas en el taller.

Lo que nosotros intentamos es evocar esas realidades de la vida y, al hacerlo en la catequesis, alcanzar la orla de ese Sujeto que está al fondo de ellas mismas, y está en medio de ellas, por delante y hacia delante; dar el salto a esa realidad fundamental que está ahí y llamamos Dios; o, dicho de otra manera, dejarse allegar a la raíz última alcanzando el fondo del propio pozo.

Lo que buscamos con una catequesis taller de experiencia de Dios no es leer que Él es el fondo de la realidad sino vivir la experiencia reconocida, detenida, gustada, confesada de encontrarnos con Él.

### **Vivenciada hoy**

Al invitar a los sujetos a vivenciar esa experiencia de Dios no podemos olvidar el hoy, el hábitat humano, la cultura de esos sujetos. Este punto es propio de la primera ponencia, ha sido condensadamente descrito y asumo lo allí afirmado.

La iniciación a la experiencia de Dios, a la que invitamos, ha de situarse, incardinarse en el ámbito secular y cotidiano del ser humano del siglo XXI. No tiene nada que ver con la “Fuga mundi”, concretamente con la huida de este mundo nuestro en el que vivimos. Se dirige al hombre -al adulto, al adolescente, al niño-, al hombre tecnocrático y positivista del moderno paradigma, envuelto y cercado por el “mundanal ruido”, sumido y casi asfixiado por el pan-economicismo imperante, envolvente y casi delirante, que genera un eclipse cultural de Dios<sup>9</sup> del que, a veces, se ve liberado por un resto religioso (religante). Resto que perdura como pequeño reducto intangible; que, como balsa micro-ambiental, flota en el vasto océano de la secularidad; que tiene brotes en la cultura emergente; o al que, en ocasiones, alguien se ve llevado por el viento del Espíritu, que “sopla donde quiere”.

Es a este sujeto y no a otro, al que, en cuanto catecúmeno, se dirige nuestra propuesta. Es a esta mujer, a este hombre de hoy -que quizá él mismo ignora muchas veces qué sentido tiene la vivencia a la que invitamos- al que hay que

<sup>9</sup> “Oscurecimiento de la luz del cielo, eclipse de Dios, eso es de hecho lo característico de la hora del mundo en que vivimos”. M. BUBER, *Eclipse de Dios*, Galatea-Nueva visión, Buenos Aires, 1970, 25.

ofrecer caminos, modos, propedéutica, pedagogía... que le permitan VIVIR UNA EXPERIENCIA DE DIOS durante el tiempo mismo de la catequesis, es decir, en el acto mismo de la catequesis.

De todos modos lo que deseo afirmar en este punto es el reconocimiento práctico de que la mujer y hombre de hoy son sujetos capaces de esa experiencia y que a nosotros nos toca en suerte la apasionada aventura apostólica de ser los enviados a hacerles la propuesta y facilitarles el camino.

## **PEDAGOGÍAS PARA LOS TALLERES**

### **Carta de apertura**

Amigos, es verdad que a Dios se le puede encontrar en todas partes ¡hasta en los pucheros, decía Teresa! Decimos que está en la raíz de la realidad, en el corazón de las personas. Para nosotros, está con una solidaridad especial en el rostro de los desfigurados de la tierra; y está con una original plenitud en Jesús (tiene en él el carácter de total plenitud de Dios mismo en la visibilidad posible de rostro humano).

El mismo Jesús nos dice que su presencia es la del Padre de todos, buenos y malos, siempre presente saliendo al encuentro en toda circunstancia y que basta buscarle con corazón limpio para encontrarlo; ¡bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios!

Sí, Dios está aquí, ahora y así, “aunque no lo sepamos”, y las personas estamos también ahora expuestas a esa presencia. También es verdad que podemos instalarnos en “formas de existencia que nos alejan más que acercarnos o que incluso nos impiden llegar a esos niveles de profundidad e intensidad humanas donde puede suceder el encuentro porque la experiencia de Dios sucede en lo más profundo del alma” [en lo más profundo de nuestro ser].

Siendo esto así, reconoceréis conmigo desde nuestra propia experiencia, que necesitamos presupuestos, predisposiciones, preámbulos existenciales que consisten en formas de vida compatibles con esa experiencia y en condiciones favorables para iniciarnos en ella. Igualmente, estaréis de acuerdo en que

otros pueden ayudarnos a vivirla o en que nosotros podemos favorecer que otros la vivan; así lo haremos si creamos climas donde las dificultades (ocasionadas por entornos de fuera o tomas de postura de dentro) se modifiquen, se superen y donde aparezcan oportunidades para vivir esa experiencia y reconocerla sabiendo siempre que, sólo si tú y yo consentimos libremente en exponernos a esa presencia, el encuentro se hará posible.

Propicio será que nos adentremos y guiemos a otros para que ellos mismos puedan adentrarse en ejercicios que predispongan positivamente para llegar a esa experiencia, que la despierten, que la alimenten, que la recreen; sobre todo, en la finalidad de nuestra reflexión, hemos de proponerlos para que se inicien aquellos que están en proceso de ser creyentes porque para creer no es suficiente con la creencia, con aceptar la afirmación de Dios, sino que es necesario tener la experiencia de Dios (no con modos extraordinarios -hemos dicho- pero es imprescindible tener esa experiencia de forma sencilla y honda a la vez).

Hoy, la catequesis de iniciación, siguiendo la orientación del nuevo paradigma, está obligada a introducir estos ejercicios en su plan y en sus programas. De ellos vamos a tratar en esta segunda parte. Entendamos bien que al proponer estos talleres no pretendemos algo tan mínimo consistente en que en el desarrollo de las catequesis de tipo habitual introduzcamos algún momento de relación orante con Dios; lo que pretendemos es que estos talleres formen parte del programa catequético de iniciación conscientes de que cada uno de ellos exige tiempo, la dedicación de una jornada, un tiempo largo.

Al insistir tanto en la necesidad de los talleres (en la necesidad de catequesis como taller de experiencia de Dios) no quiero decir que en la catequesis no haya que dedicar tiempo a “hablar de Dios” (por la dimensión noética de la fe y también por razones pedagógicas) sino que hemos de introducir en el acto vivo mismo de la catequesis la experiencia de Dios.

Los maestros en el tema nos hablan de lugares, medios y ocasiones para hacernos los encontradizos con Dios. Vamos ahora a presentar esos varios vericuetos que, siguiendo la alegoría de san Juan de la Cruz, trepan riscos y trochas del Monte Carmelo, y que yo llamo PEDAGOGÍAS, para hacer de

nuestras catequesis TALLERES que sean “LOCUS teologal”, lugares donde aproximarse, tantear, vivir y gustar la experiencia de Dios mediante una pedagogía iniciática de esa experiencia. Cada pedagogía será presentada como un taller concreto dentro de la visión unitaria de la catequesis como “taller de talleres de experiencia de Dios”.

He elegido siete pedagogías, que es número suficiente y simbólico, bien entendido que esta septena no cierra, no agota en absoluto la oportunidad de tal encuentro. Podrían ser otras muchas y distintas a las que presento.

Antes de escucharlas no olvidéis que están pensadas preferentemente para la iniciación, aunque pueden servir para los ya iniciados.

### **Estructura de los relatos**

La intención que me anima es plantear el reto, presentar posibilidades, descubrir maneras, señalar caminos pero sólo apuntando itinerarios sin desarrollar las metodologías concretas; por eso las llamo pedagogías.

Narrarlas con cierta amplitud y llegar a los desarrollos metodológicos supondría elaborar toda una ponencia para cada una de ellas. Mi aportación no hace más que abrir la puerta a la posibilidad de llevar a cabo dicha elaboración, de la cual hablaré en el epílogo.

Mi esfuerzo está centrado en dos propósitos. Uno tiene la intención de definir cada taller, hacer una presentación que lo justifique y lo valore; otro busca señalar, de forma clara, elementos que garanticen el carácter de taller como lugar de experiencia e indicar líneas que pueden despertar metodologías que necesitarán diversificarse según destinatarios concretos teniendo en cuenta sus características biopsicológicas, culturales, espirituales y su nivel en el proceso de iniciación.

Evidentemente el desarrollo de estas metodologías pertenece a otro tipo de trabajo, distinto a una ponencia, que considero posterior a ella y que debería llevarse a efecto mediante otro sistema de trabajo. Ahora voy a limitarme a realizar una presentación valorativa de los talleres esbozando, al menos implí-

citamente, elementos que han de ser tenidos en cuenta para desarrollar posibles itinerarios.

Antes de exponerlos os prevengo que no son pedagogías o talleres cerrados cada uno sobre sí mismo. Al contrario, además de poderlos trabajar cada uno por separado, podemos fundir varios en uno solo, mezclarlos, interaccionarlos; se puede, también, elaborar con todos ellos una unidad procesual, un solo y unitario proceso a realizar siguiendo distintos pasos y adecuándolos a los distintos momentos del camino de un grupo.

### **Los siete talleres**

He pensado más de una vez en el orden de los talleres que voy a exponer porque quería jerarquizarlos en clave de pedagogía iniciática. La verdad es que el mismo proceso catequético y la observación del acompañamiento realizada han de ser los factores que decidan qué taller, y cuándo y cómo, es el que ha de ser empleado o qué fusión de talleres es el conveniente para el momento de la vida de los destinatarios.

De todos modos he optado por un cierto orden que se puede fácilmente descubrir; parte de lo más infraestructural hasta una cierta cumbre y luego desciende ensanchando las posibilidades de la experiencia.

#### **- El silencio de la vida**

Sin liberarnos del acoso de estímulos sensitivos que no pasan de la piel, del bombardeo de distracciones y del estrés de la velocidad que nos arrastra, sin llegar al silencio sonoro ninguna experiencia de humana humanidad es posible y, por lo mismo, tampoco la de aproximarnos a Dios, que es el fundamento de nuestra humanidad o la realidad radical de todo; por ello Raimundo Panikkar llama a la experiencia de Dios “experiencia radical”.

Es necesario realizar la experiencia del silencio para llegar más allá del psicologismo o del psicoanálisis; mucho más allá, para saber quién en realidad somos, para encontrarnos con nuestra mismidad, con el profundo yo, el self de la psicología el atman del profundo oriente, el sí-mismo sustentador de

nuestro ser, el Espíritu que nos habita y que abre la morada interior en la que nuestro Señor y el Padre están en nosotros y nos regalan su amor (Jn 14, 20-21.23-26).

Por eso los maestros hablan de silencio interior. No basta con acallar los ruidos del mundo, el ruido exterior. Es necesario silenciar los gritos de nuestro corazón, apagar los bramidos o los susurros de nuestra mente, los alaridos o los lamentos de nuestra voluntad.

Hablamos del mundanal ruido. Éste era ya disonante en el siglo XVI y considerado insalvable obstáculo para encontrar a Dios según Fray Luis, Santa Teresa y el frailezco Juan de la Cruz. La revolución mediática, la anegadora realidad virtual, la invasión tecnotrónica y su secuela de aparentemente segura omnipotencia, la desmedida irrupción del poder, del dinero, del placer no como valores instrumentales sino como dioses o daimones exclusivos y excluyentes, la secularización como único horizonte..., han aumentado, en nuestro siglo XXI, los decibelios del mundanal ruido hasta niveles ensordecedores. Nunca en el devenir de la humanidad fue tan necesario el silencio. No ya para encontrar a Dios, incluso para encontrarnos a nosotros mismos.

Dice un maestro actual: “Si por un momento nos olvidáramos de que somos profesores, ejecutivos, albañiles, si nos olvidáramos de todo, hasta de que somos hombres, propiciaríamos con ello la apertura de una nueva y desconocida conciencia de la realidad. Para ello debemos despojarnos, desasirnos de todo el conjunto de atributos que conforman nuestra personalidad, pero que, al identificarnos exclusivamente con ellos, nos limitan y, a menudo, nos asfixian”<sup>10</sup>.

Y a continuación distingue la vida de silencio -la de los monjes, la del yermo y, a veces la de todos nosotros cuando nos quedamos a solas con nuestro propio ser, sea cual sea el nivel de profundidad de ese encuentro- y el Silencio de la Vida. El Silencio de la Vida es el arte, el misterio de saber silenciar las actividades de la vida para llegar a la Experiencia pura de la Vida, para remontar el río caudaloso de nuestro hacer, nuestro querer, nuestro pensar, hasta alcan-

<sup>10</sup> R. PANIKKAR, *Iconos del misterio. La experiencia de Dios*, Península, Madrid, 1998, 43.

zar la fuente primigenia del Ser, del Silencio, encontrarnos con Dios.

¡De este silencio se trata! Para llegar a este silencio es necesario el instrumento de tener momentos de vida de silencio en nuestra andadura (son francamente importantes para nuestro ser y ellos propician el silencio de la vida).

De una forma sencilla, inmediata, quizá un poco ingenua -podía pensar alguien- pero con bella vibración poética, nos muestra esa dimensión del Silencio de la Vida, de forma radicalmente certera, una de las letrillas con las que Juan de la Cruz aleccionaba a sus hermanos y hermanas en el camino de perfección al que los animaba.

Olvido de lo creado, memoria del Creador;  
atención a lo interior y estarse amando al Amado.

Y Teresa, la pragmática y eficaz Teresa, poco amiga de florituras, pero igualmente certera, prosaica en su poesía y atenta a lo práctico, llamaba a esa dimensión: “desasimiento”. Y así la aconsejaba a sus hermanas.

La práctica y la experiencia del silencio -del silencio exterior hacia el silencio interior- y más si el catequista consigue inducir el Silencio de la Vida, es un locus que puede provocar la apertura del “tercer ojo”<sup>11</sup> y descubrir la Vida pura y desnuda en la que se nos da Dios.

Porque el silencio es un camino para que el sujeto despierte a sí mismo; eso es “el tercer ojo”...

Porque el silencio favorece la actitud contemplativa...

Porque Dios es el silencio mismo, que vibra en nuestro propio corazón, que

---

<sup>11</sup> Sin el silencio del intelecto y de la voluntad, sin el silencio de los sentidos, sin la apertura de lo que algunos llaman el “tercer ojo” - del que no sólo hablan los tibetanos sino también los victorinos - no es posible acercarse al ámbito en donde la palabra “Dios” pueda tener sentido. Según Ricardo de San Víctor, hay tres ojos: el oculus carnis, el oculus mentis, y el oculus fidei. El llamado “tercer ojo” es el órgano de la facultad que nos distingue de los demás seres vivos, permitiéndonos el acceso a una dimensión de la realidad que trasciende, sin negar, lo que captan la inteligencia y los sentidos. R. Panikkar, *Iconos del Misterio*, 29.

aletea en la naturaleza, que domina el cosmos con su melodía<sup>12</sup>. Así lo reconoce alguno de los famosos dísticos de Angelus Silesius, del que doy una muestra.

Cuando piensas en Dios, le oyes dentro de ti.

Te callas y te estás quieto: te habla entonces continuamente<sup>13</sup>.

**- ¡Esto no es todo!**

Su enunciado, para ser más sugerente, podría ser más largo: ¡esto no es todo y tú no eres lo último! Así el sujeto puede abrirse a que la realidad positivista no lo es todo y además no caer en el ensimismamiento, dando paso al descentramiento.

El despliegue arrollador de lo empírico puede relegar a un plano muy débil el pensamiento de la racionalidad y anular el desarrollo del conocimiento simbólico. Es urgente recuperar, dice Mardones<sup>14</sup>, ese camino para relacionarnos con la belleza y con Dios.

Hasta el siglo XVII, tal afirmación, “Esto no es todo” hubiese sido una obviedad de demostración innecesaria y, desde luego, no hubiese sido locus privilegiado para la experiencia de Dios, precisamente por su obviedad. Sigue siendo una obviedad para gran parte de la humanidad, en la que la dimensión del espíritu está viva y vigente. Pero en el marco de la modernidad, dentro del reducto de la variable tecno-científica, especie dominante en la cultura de nuestro entorno, se nos aparece como exigible una mostración de su veracidad.

Y lo es así porque lo que hoy parece obvio es la afirmación contraria, a saber,

<sup>12</sup> La tradición cristiana, la tradición védica y tantas otras dicen. “Al principio era el Verbo, la Palabra”, pero el Principio no es la palabra. El Principio es el Silencio, es decir, el Padre del que brota la Palabra. El mártir san Ignacio de Antioquia, escribió hacia el final del siglo primero: “El Dios uno se manifestó (fanarosas) a través de su Hijo Jesucristo, el cual es su Palabra salida del Silencio”. R. Panikkar, *La plenitud del hombre*, Siruela, Madrid, 1999, 68.

<sup>13</sup> Angelus Silesius. *El peregrino querúbico*, V, 330.

<sup>14</sup> J. M. MARDONES. *La vida del símbolo*, Sal Terrae, Santander, 2003, 229 ss.

que “esto es todo”; nos encontramos, pues, ante un obstáculo enceguecedor para facilitar el descubrimiento de que esto que tocamos, esto que nos anuncian nuestros sentidos, esto sobre lo que lucubra nuestro conocimiento técnico - científico, no es toda la realidad; que hay más realidad y que esa realidad emergente y nueva -prácticamente nueva para tantos contemporáneos- es más real que la realidad inmediata; por eso pensamos que descubrir que ¡esto no es todo! puede ser un lugar adecuado para la experiencia de Dios.

De este sendero ya hablaba Platón cuando frente a los conocimientos inmediatos de los sentidos o la experiencia, contraponía otros conocimientos inútiles para la vida -la aritmética, la geometría, la estereometría, la astronomía, entendidos como se entendían en la antigüedad, como saberes especulativos y no prácticos- pero en cuyo ejercicio -y esto es lo importante- “purifican y reaniman un órgano del alma, extinguido y embotado por las demás ocupaciones de la vida; órgano cuya conservación nos importa mil veces más que los ojos del cuerpo, puesto que sólo por él se percibe la verdad”<sup>15</sup>.

La realidad nos envuelve, la inmediatez de lo vital nos atosiga y casi no deja espacio para el despliegue de esa capacidad. Pero por los intersticios de esa misma realidad, permanentemente destilan o rezuman vaharadas que hablan de algo más, vestigios del espíritu, de las que todos -aun el hombre más encerrado en sus asuntos- tenemos experiencia.

- Todos tenemos instantes experienciales en los que se nos impone que nuestra vida no se reduce a lo que hacemos o a lo que pensamos, momentos en los que sentimos que hemos llegado a un nivel en el que se juega el ser o no ser de nuestra realidad, de su realizarse o de su perderse.
- Todos tenemos instantes experienciales en los que, desde lo más profundo de nuestra intimidad, afloran preguntas tan radicales que producen la impresión que más que hechas por nosotros son una gran pregunta que nos abarca y sostiene.

---

<sup>15</sup>Platón, República III, libro séptimo, 527 d-e.

- Todos tenemos instantes experienciales en los que, sin razones objetivas, en medio del dolor o de la dificultad, nos sentimos confiando contra toda esperanza humana, apoyados, a lo mejor sin darnos cuenta, en un más allá de nosotros mismos que no se deja captar.
- Todos tenemos instantes experienciales en los que, aunque sea circunstancialmente, nos descubrimos a nosotros mismos no dando, sino dándonos con una generosidad que no podíamos imaginar y que llega de más allá de nosotros mismos.

Estos son vestigios del Misterio que nos trasciende, que nos contiene, que nos sustenta, que nos habita, que, como dice San Agustín, es intimior íntimo meo<sup>16</sup>. Vestigios que nos certifican que “esto no es todo”. Vestigios que aparecen y brotan de nuestro vivir y que resultan ser la demandada demostración vital de que “esto no es todo”. Vestigios que nos desvelan que yo no soy el fundamento, que no soy “lo último”.

Estas experiencias-autocomprobaciones pueden ser un locus idóneo que conduzca a una peculiar experiencia de Dios; al menos pueden servir para quedarnos desnudos, tener que preguntarnos, ponernos a buscar o darnos de cara ante esa realidad que ronda el paisaje fronterizo habitado por lo espiritual, lo trascendente sin nombre o el nombre mismo de Dios.

### **- Al fondo de tus experiencias**

Hemos repetido, y reiteradamente, que el Trascendente es inmanente a nuestra realidad, de la que es raíz y fundamento; que Dios habita nuestra vida y de modo especial nuestra grandes experiencias humanas.

La experiencia de Dios, dice R. Panikkar, es la raíz de toda experiencia, es la experiencia en profundidad de todas y cada una de las experiencias humanas: del amigo, de la palabra, de la conversación. Es la experiencia subyacente a toda experiencia humana: dolor, belleza, placer, bondad, angustia, frío... Subyacente a toda experiencia en tanto que nos descubre una dimensión de

<sup>16</sup> Cf. Confesiones, libro 10.

infinito, de no-finito, de in-acabado. Subyacente a toda experiencia y, por tanto, no susceptible de ser completamente expresada en ninguna idea, sensación o sentimiento.

Esta afirmación se convierte en una pregunta ¿qué es lo que en verdad se encuentra?<sup>17</sup>.

Lo que planteamos en el taller es hacer esa pregunta. Proponemos hacerla porque nosotros decimos que ahí podemos encontrarnos con Dios. Afirmamos que está pero hemos de bucear en esas experiencias hasta descubrir sus huellas, reconocer su paso, encontrar su presencia; aunque puede ser nos contradizo en ellas, hay que hacer camino para encontrarlo. Esto constituiría el ejercicio del taller que hemos titulado “al fondo de nuestras mismas experiencias”.

Esas experiencias no son un abstracto; hemos de nombrarlas. Esto obliga a que la presentación de este tercer taller se alargue bastante. En principio pensaba haber seleccionado una sola; después he pensado que merece la pena citar un elenco que permita elaborar diversos talleres a partir de las distintas sensibilidades de los destinatarios.

---

<sup>17</sup> Una respuesta demasiado rápida, pero no radicalmente falsa, diría que se encuentra la Nada. Respuesta válida si reparamos en que Dios no es una cosa. No encontramos ninguna cosa ni material, ni espiritual.

Una segunda respuesta, muy viva en oriente, consistiría en decir que encontramos el atman, lo más profundo de nosotros mismos. Siempre que lo entendamos más allá del yo profundo de la psicología. Ese psicologismo al que nos lleva el self profundo de Jung, es muy positivo al descubrir que la vida humana no se reduce a los sentidos, ni a los sentimientos, ni a la inteligencia. Que va más allá. Pero la experiencia del atman trasciende todo nivel psicológico y penetra en el nivel óptico y ontológico. Es una experiencia que me sobrepasa, que sobrepasa mi ser mas profundo, por ser el encuentro con el Ser.

Quizá metafísicamente se aproxime más la respuesta de que encontramos un Alter. Pero esa alteridad radical, distinta y superior a todos los demás otros, no me es, en absoluto, ajena. Ese alter es el que sostiene mi mismidad. La trascendencia de ese Alter, de Dios, es la que sostiene la inmanencia divina en mi humanidad, en mí ser de hombre. San Pablo lo dice con profunda precisión: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”. Es decir lo más profundo de mí no soy yo, es Cristo. No alter Christus sino ipse Christus. Por eso, perder el yo es encontrar el Yo verdadero. “Quien pierda su vida por mí, la encontrará”. Y por eso una sociedad tan aferrada al yo tiene tanto miedo de negarse a sí mismo. Tiene tanto miedo de Dios. El verdadero yo no tiene miedo, el verdadero yo -el yo purificado- reposa confiado en el Tú.

Para narrarlas he seguido el libro **Iconos del Misterio**, de Raimon Panikkar. He señalado siete colocando en séptimo lugar la que en principio pensaba seleccionar y sobre la que he ensayado un esbozo de itinerario.

- El amor

Unanimidad; todas las culturas y religiones valoran de modo especial el amor como la gran experiencia; en ella podemos encontrarnos con Dios porque Dios es amor y quien encuentra el Amor, encuentra a Dios. Nosotros remachamos diciendo “quien no ama no conoce a Dios”.

La dificultad empieza cuando es preciso, para evitar confusiones, poner el Amor con mayúscula. Y empezar a hacer distinciones en el amor: el eros y el ágape, el amor de posesión y el amor de entrega, la concupiscencia y la caridad. Pero más allá de todas las distinciones en torno al amor, el amor es parte sustancial de nuestra entraña. No podríamos tener el deseo de Dios, la aspiración hacia lo divino si “eso” nos fuera absolutamente ajeno, extranjero o desconocido. Santo Tomás nos recuerda explícitamente, que todos los seres, en cuanto apetecen algo, desean, aspiran a Dios. Y esa unidad del amor no es dualista, no hay dos amores, aunque sus distintas expresiones, manifestaciones deban distinguirse.

“Ubi caritas et amor Deus ibi est” dice un canto paralitúrgico cristiano. De esa unidad del amor se infiere que difícilmente se puede experimentar el amor de Dios si se desconoce el amor humano. Pero el viceversa es igual de contundente. Difícilmente se puede perseverar en el amor humano si no se descubre en él un alma divina por así decirlo. Un amor divino que no se encarne en amor al prójimo, es pura mentira<sup>18</sup>.

- El Tú

Como toda realidad tiene su fundamento en Dios; además el otro, la persona es “imagen de Dios”.

<sup>18</sup> Cf. 1 Jn 4 y concretamente 4, 20.

El otro no es objeto, por eso es sacramento de Dios; “al relacionarme con el “otro” me relaciono con el “Otro”, dice Levinas.

El tú es acaso el lugar más importante y más universal para la experiencia de Dios. Y, en efecto, que a Dios se le encuentra en el prójimo es algo que pertenece a la verdad escatológica aunque ésta nos sea desconocida<sup>19</sup>.

Del encuentro con el tú partimos para descubrir la experiencia de Dios como la experiencia del Tú. El otro es la posibilidad de mi yo; el descubrimiento de la alteridad es la posibilidad de la identidad de mi yo; de otro modo se produce el ensimismamiento, riesgo del que hablamos en la ponencia sobre la experiencia de Dios hoy. Y el descubrimiento de la alteridad es viaje necesario para descubrir a Dios.

Dios es el tú al que nos dirigimos en última instancia, sabiéndolo o sin saberlo. Mejor dicho, siguiendo a Panikkar, yo puedo experimentar a Dios, experimentándome como un tú de Dios cuando me descubro -me experimento- como “suyo”. Dios es el “Yo” que me llama y llamándome me hace ser. Y si yo siento que Dios me dice “tú eres”, es que en verdad soy un tú del Único Yo que es Dios. Por eso la experiencia de Dios es tan personal, porque cada uno de nosotros no somos sino esa misma experiencia de Dios en mí, en la que yo descubro mi verdadero ser: el “tú” de un “Yo”.

- La alegría

La alegría puede haber tenido mala prensa para el planteamiento que estamos haciendo. “Tristemente” con frecuencia secular, en el ámbito cristiano, la alegría ha aparecido unida a la frivolidad, al placer, y era por eso rechazable. El puritanismo protestante y una deteriorada espiritualidad católica de “viernes santo” han contribuido a este dramático equívoco, en el que se considera la alegría como un resabio o concesión al hombre viejo y carnal. Por eso puede parecer difícil ver la alegría como un locus idóneo para la experiencia de Dios.

---

<sup>19</sup> Cf. Mt 25, 31.

Hace falta una conciencia moral pura que permita la espontaneidad del gozo humano en el que se transparente la presencia y la realidad divinas. “Un santo triste es un triste santo” decía León Bloy. Dios es Dios de vivos y la vida es gozo; Cristo dice que ha venido a darnos vida sobreabundante<sup>20</sup> y la “constitución” de su mensaje lleva por título “Las bienaventuranzas”.

Pertenece a la sabiduría el descubrimiento de la verdadera alegría y la experiencia de que en ella se encuentra la misma fuente del gozo que por definición es Dios.

#### - El perdón

El concepto de perdón presupone el concepto del mal. Sólo se perdona el mal. El bien o lo inocuo no admiten -no necesitan- perdón, salvo humorísticamente. Por eso perdonar es perdonar el mal que nos han hecho. Tenían razón los judíos cuando acusaban a Jesús de arrogarse el poder de perdonar. Perdonar es un acto de “decreación”, es un acto que borra el mal que perdona. Y eso sólo lo puede realizar Dios. Y esa era la prueba del Hijo de Dios.

Porque el perdón está más allá del cancelar una deuda o no exigir el cumplimiento de una justicia. Está más allá de una reconciliación en la que hay reciprocidad. El perdón es un acto de absoluta gratuidad. Algo tan por encima de lo humano que sólo es posible con la intervención divina. “...Sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados”<sup>21</sup>. Y, en efecto, quien es capaz de perdonar hasta destruir el mal recibido, experimenta que no lo hace en virtud de un razonamiento, ni siquiera de un sentimiento por muy profundo que sea. Hace falta algo más. Hace falta el Espíritu, hace falta una fuerza que me viene dada, que no proviene del yo y que me libera tanto como libera al que me hizo el mal.

Algo o alguien, desde lo más profundo de mí mismo, me ha dado la fuerza, me ha “inspirado” para perdonar. El Espíritu ha actuado en mí y por mí. Quien

<sup>20</sup> Jn 10, 10.

<sup>21</sup> Jn 20, 22-23.

ha sido capaz de perdonar -de “descrear” el mal- ha encontrado a Dios ciertamente.

#### - Momentos cruciales de la vida

El transcurrir del tiempo no es sólo cronológico, que sirve para medir el parigual itinerario de los astros y de los relojes. El transcurrir del tiempo es también kairológico, es decir que se altera en los momentos especiales de la vida humana, los momentos de mayor peso en la vida de cada hombre, en los que, sin perder su perfil parejo, el tiempo tiene grumos de intensa densidad humana.

Un nacimiento, una muerte, una iniciación, el matrimonio, una enfermedad, un encuentro, una profunda experiencia estética o intelectual... nos despiertan -nos pueden despertar, nos debían despertar- a una dimensión que nos parecía dormida. No imaginábamos que pudiéramos vivir con tanta intensidad y profundidad. A veces, esos momentos están teñidos de dimensión religiosa, y establecer la relación con la experiencia de Dios parece más fácil. A veces, se quedan en una explosión asombrosa, en una densidad de acontecer, que no parece encajar en parámetros llamados “religiosos”, pero que son igualmente un aldabonazo a nuestro espíritu, y que son, en el acto o en el recuerdo, la constatación de que hemos sido “visitados”, de que “ha pasado un ángel”, de que nos hemos sentido cerca no del Dios de la filosofía, sino del Dios Vivo.

Digamos, por último, que hay quien ha conseguido -ha recibido la gracia- de que toda su vida sea un continuo vivir en ese asombro. Se les llama bienaventurados.

#### - La naturaleza

La naturaleza es uno de los lugares en donde el hombre corriente puede encontrarse más impulsivamente con el misterio divino. Nuestro contacto con la naturaleza no es primariamente nocional sino vivencial, cutáneo. Inmediato. Lo que no quita la secundaria participación de nuestro intelecto.

La experiencia en la naturaleza -tan múltiple como los paisajes, los hombres que la contemplan, los momentos y las circunstancias emocionales- no es, primariamente, como podía pensarse con facilidad, la experiencia del Creador, no es la experiencia de Otro, sino inicialmente la experiencia de una Presencia. Una Presencia más real que el paisaje que contemplamos, más real que nosotros mismos que contemplamos. Una presencia que es la que da realidad a nuestra desvaída imagen. La desvaída imagen del paisaje y del hombre que lo contempla.

Desde esta perspectiva la elaboración racional y lírica de san Juan de la Cruz hace más evidente el misterio divino de la naturaleza. Y este testimonio de tanta enjundia intelectual, poética, teológica y mística debería bastar.

¡Oh bosques y espesuras  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras  
de flores esmaltado  
decid si por vosotros ha pasado!

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y yéndolos mirando  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.

- La experiencia de la quiebra de nuestra seguridad [versus el deseo]

En primer lugar, una explicación para este circunloquio. Lo he elegido en lugar de sustantivos más inmediatos para incluir toda suerte de derrumbamiento: dolor, pena, sufrimiento, miedo, aflicción, angustia, desolación... Todos ellos son dolorosos, precisamente, porque suponen una quiebra -física, biológica, psicológica, afectiva...- de nuestra seguridad vital.

Todos constituyen la experiencia de la quiebra, que es la experiencia vital, y no teórica, de nuestra contingencia. De nuestra indigencia radical y del deseo de no quedar por ella encarcelados sino romper su cadenas y volar más allá.

En esa experiencia, en esos momentos de dolor, pena, sufrimiento..., surge, de forma inmediata, la constatación de la precariedad de nuestro ser y la certidumbre de que no podemos apoyarnos en nosotros mismos, en nuestro único y solitario ser para poder seguir siendo. Entendido este “seguir siendo” no sólo en una dimensión temporal -en el presente, en el futuro- sino esencialmente: en la razón de nuestra existencia.

Es por eso que el sufrimiento -elijo entre todos ese término por parecer el más amplio no sólo en su significado sino en sus connotaciones- puede ser la fontana de la que brota una nueva sabiduría vital y puede ser el locus inesperado de una lúcida y pura experiencia de Dios.

No se trata de la apología del “sufrimiento por el sufrimiento” -desde la ascesis hasta el sacrificio en todas sus formas- de tantas espiritualidades tanto de oriente como de occidente. Y no sólo porque el paradigma -o más bien el mito- actual rechace cualquiera de esas formas. En estos casos no se expone lo que nos interesa: que es una experiencia en la que se vislumbra y se descubre nuestra contingencia y que es precisamente el locus que queremos destacar.

Para una época y un mundo que confunde felicidad con placer y que incluso afirma, en su propaganda, en su publicidad y en su educación, esa infundada identidad como exclusiva fuente de satisfacción, destacar el sufrimiento como locus propicio para la experiencia de Dios tiene que resultar cuando menos paradójico. Incluso políticamente incorrecto. Y fuente de muchas nuevas paradojas. ¿Cómo aceptar que el dolor indigno del sufrimiento de un niño, que el dolor cruel de una catástrofe o una maldad, que el dolor injusto de hambres o enfermedades de pueblos, que el dolor lacerante de la pérdida o la enfermedad de un ser querido, y tantos otros pueden ser un locus adecuado para la experiencia de Dios? Todo nuestro ser se revela ante tamaña monstruosidad que más bien parece reclamar la blasfemia que la experiencia salvadora.

Esa pregunta, esas preguntas, levantando el gallardete de su incongruencia con un Dios misericordioso, son usadas como banderín de enganche por quienes desean derribar la imagen impía de un Dios superfluo por incomprendible. Pero no siempre son producto del sectarismo y la teofobia. A veces están

planteadas con más dolor que maldad. A veces están planteadas desde la desolación del mismo creyente que sufre sin entender. A veces son un nuevo dolor que añadir al sufrimiento que las origina.

Teresa de Calcuta, el Padre Damián, Ana Frank, Dietrich Bonhoeffer, Monseñor Romero, Ghandi y tantos y tantos otros experimentadores solidarios del dolor compartido son testigos que ayudan a comprender la oportunidad de que nuestra quiebra puede ser locus congruente de la experiencia de Dios, de que nuestro sufrimiento puede ser lugar adecuado para purificar y depurar la comprensión de nosotros mismos y nuestra idea y vivencia de Dios.

El grito de dolor de Jesús ante al abandono de su Padre es signo de la incongruencia del dolor, pero su última exclamación: “en tus manos encomiendo mi espíritu” es emblema de una imagen purificada de Dios en la que se puede confiar,

“...dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado”.

### **- Una jornada con Jesús**

En los estudios y en las charlas sobre fenomenología religiosa en general y sobre la experiencia de Dios en particular, también en los pronunciados dentro de la Tradición cristiana podemos encontrarnos con la sorpresa de que no aparezca Jesucristo como locus de experiencia de Dios, que puede serlo para más gente que para los cristianos, y que es para nosotros el locus por excelencia.

Aunque esta referencia no apareció en la ponencia de ayer por la tarde, recordemos que en el capítulo 4: “Se alegraron los discípulos al ver al Señor”, del libro del ponente Juan Martín Velasco “La experiencia cristiana de Dios”, evidentemente sí está presente.

En esta exposición yo lo he tenido en cuenta desde el principio y a Él dedico el cuarto taller. Cuando hablaba de una presentación de los talleres en forma de proceso con una cumbre en el medio del relato, la cumbre a la que me refe-

ría es este taller. Los anteriores tienen una precedencia por las razones de infraestructura humana y de pasos precatecumenales; incluso también para que a los iniciandos les sea más fácil dar el paso, “el salto” al reconocimiento de Dios en Jesús.

Los anteriores, pues, tienen valor entero para iniciar a la experiencia de Dios, pero en el proceso catequético tenemos que decir que es impensable no potenciar este taller pues la iniciación a la fe conlleva el reconocimiento de Jesús como el rostro humano del mismo Dios, el Hijo de Dios, Dios mismo.

Fue un paso que los discípulos que convivieron con Él llegaron a dar al final de tanto caminar juntos y de vivir su Pascua; y es un paso, por lo que me consta, no fácil para los nuevos catecúmenos adultos provenientes de la cultura secularizada.

No vamos a entrar en un relato cristológico, hoy tan vivo; es suficiente limitarnos a proponer un taller que facilite vivir la experiencia de encuentro con el Resucitado sin el cual nadie puede ser su discípulo. Es la experiencia del encuentro y el reconocimiento del Señor lo que nos constituye en creyentes cristianos; el encuentro y el reconocimiento de Cristo como “revelación de Dios, imagen de Dios invisible, rostro de Dios vuelto hacia los hombres. Al ser sacramento de esa Presencia invisible y no visibilidad “in-mediata”, es necesario el reconocimiento para que sea para nosotros transparencia de la inmediatez de Dios.

Llegar a este reconocimiento es don porque la mostración es suya pero es tarea porque somos nosotros quienes hemos de dejarnos alcanzar, reconocerlo/verlo y nombrarlo; y no basta con decir: está ahí, por mucha presencia real que exista.

En Jesús los discípulos reconocen a Dios. El Anciano de Éfeso, el discípulo amado, Juan o quien quiera que fuese el autor del cuarto evangelio, nos da testimonio de ese reconocimiento.

Siguiendo la metáfora del jesuita Bover,<sup>22</sup> mientras que a los sinópticos podí-

---

<sup>22</sup> José María Bover s.j., *El Sermón de la Cena*, BAC, Madrid, 1951, 12.

amos considerarlos arcaduces, cañerías, por los que corre, sin detenerse, o casi sin detenerse, el agua de Vida de la palabra de Jesús. Juan es el estanque que ha dejado dormir durante sesenta o más años, embalsada en su propio corazón, ese mismo agua de Vida. Y que, en cada día de esos sesenta años - como en la piscina Probática de los cinco pórticos-, ese agua de Vida ha sido agitada, purificada, por el ángel de su propia meditación, que así la ha mantenido fresca y transparente, en la prístina pureza de la *Ipsissima verba Iesus*, pero acrisolada por la longeva decantación del amor de cada día.

Este Anciano es el que identifica a Jesús con el Padre, certificando -como también hace Pablo- esa identidad que descubre, que revela a Jesús, como el lugar eximio, privilegiado, exquisito, señero del encuentro con Dios<sup>23</sup>.

Cuando deambulamos por el capítulo 14 del sermón de la cena, descubrimos que todo él, es, en este sentido, una paráfrasis -in crescendo- que trepa paladinamente las trochas de esa identidad.

“Creéis en Dios, creed también en mí” nos advierte en el versículo primero, como primer aviso al navegante que tiene la osadía de embarcarse en la aventura del encuentro con Dios.

“Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre” nos anima en el séptimo, indicándonos la deriva y la singladura de este empeño.

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” nos descubre en el noveno, como avistando ya el puerto del deseado encuentro.

“Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” nos revela definitivamente el undécimo, invitándonos a atracar en el ansiado malecón de la verdadera paz.

Una jornada con Jesús (bien lo sabían Teresa y Juan de la Cruz, con su verdadera mística a través de la humanidad de Jesús, en contra de los maestros de la época, es un descubrimiento que caracteriza la mística española y la distingue

<sup>23</sup> Es sorprendente descubrir que locus tan privilegiado, para nosotros el locus por excelencia del encuentro del hombre con Dios -no únicamente por ser el más adecuado, sino por ser el ópticamente identitario- haya sido preterido, a veces, en algunos estudios de la fenomenología religiosa realizados por autores cristianos.

de la alemana, por ejemplo) puede ser y es el locus ad hoc, el lugar privilegiado y excelso del encuentro con el Padre. “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6).

Redescubrir este sendero es lo que pretende este taller. Entonces hemos de preguntarnos: Señor ¿dónde moras hoy? (Jn 1, 38).

La respuesta nos indicaría todas las mediaciones en las que el Resucitado se nos allega hoy.

- está cuando nos habla en su Palabra, con la condición de que su lectura vaya más allá de lo que dice y nos sea dado relacionarnos con Aquel que nos habla y hablándonos se nos muestra y nos revela su corazón, su intimidad, su ser,
- está hecho carne en el necesitado (Mt 25),
- está en la comunidad de sus hermanos reunidos,
- está en los gestos, en el Gesto con que agracia a los suyos en torno a su Mesa,
- está...

Se abren así muchos senderos para el encuentro. No obstante, la intención y objetivo de este taller no es referirnos a ellos sino a algo más sencillo. Pretende simplemente pasar una jornada con Jesús; durante la jornada vivir un ensayo de estar junto a Él, en el sentido de vivir a su lado lo que el vivió en una de aquellas jornadas por los caminos de Galilea; y durante ese ejercicio, desear y procurar desvelar su verdadero rostro o, al menos, quedarnos familiarizados con Él.

Por ello y para más fidelidad propongo seguir el sumario de Mc 1, 21-39, donde encontramos una jornada tipo vivida por Jesús. No propongo leer, pensar, rezar lo que Él hizo (para eso sería mejor escoger otros textos -por ejemplo Jn 9-), sino realizar lo que Él hizo, realizándolo como Él y con Él. Tampoco he preferido tomar textos muy trabajados catequéticamente.

En ese relato encontramos tres experiencias a vivir:

- una acción curadora-liberadora...
- el apunte de una conversación
- y un rato de oración.

Esas son las experiencias por las que ha de pasar el grupo; esta es la sugerencia que hago para desarrollar el esbozo de itinerario.

### **- Abriendo puertas de oración**

Al proponer un taller sobre oración comprendo que inicio una cuestión que por sí sola merece una atención más detenida que la que esta ponencia puede desarrollar. Así es, pero entiendo que no puedo dejar de señalar la oración como lugar de experiencia de Dios, máxime si ayer tarde era definida como “*religionis actus*”.

Es más, he de hacerlo para reforzar la catequesis de iniciación a la fe como un proceso en el que, desde los tiempos del catecumenado y, más al origen siguiendo los mismos pasos dados por Jesús con sus discípulos, iniciar a la oración, la experiencia de orar, es un elemento constituyente de dicho proceso.

Es fácil comprender que no lo planteo como una defensa de la oración en la catequesis sino como hacer de la catequesis un taller de oración. Y no un orar cualquiera sino un orar en el que la experiencia núcleo es el hecho del encuentro y la relación con Dios. ¡Tantas veces la oración se limita a dejar nuestros deseos o voces ante el poder omnipotente sin desvelar los rostros que se encuentran y llegar a establecer una relación!

Lo que planteo es vivir una experiencia de Dios orando. En la perspectiva de la fenomenología de las Religiones la oración forma parte de “eso que pudiéramos llamar la estructura fundante de lo religioso”, “es un encuentro con Dios”.

Así lo muestra con precisión F. Heiler y así lo describe Jesús García en su investigación sobre la oración en la primera escritura sumeria. El estudio de la terminología orante en el A. T. supone siempre el establecimiento de una relación con Dios.

En la que hacía Jesús, según el testimonio del N. T., (podemos seguirla a través del Evangelio según Lucas: Lc 3, 21; 5, 16; 6, 12, 9, 29; 10, 12; 10, 21; 11, 1; 22, 32.41; 23, 34.46), “Él, ante todo, vivía la experiencia del Padre”: entraba en relación con el Padre, experienciaba al Padre, vivía su experiencia

de relación filial en todas sus variables, incluida la de la obediencia filial confiada. Para el discípulo amado la oración de Jesús tiene un carácter absolutamente único como se hace patente en Jn 17, al hablar de la recíproca inmanencia, de la mutua intimidad: Tú, Padre, en mí; yo en ti...Yo en ellos, ellos en mí, ellos en ti.

La oración de la comunidad cristiana (aparte de los textos que describen el hecho de orar, Hch 2; Col 3, 16b; 4, 18b-19) conserva esa experiencia de Jesús pues la oración brota de esa gozosa filiación del creyente, la manifiesta gracias al Espíritu de Cristo que le habita, es “esa misma relación” (Rom 8, 15s.26s; Gal 4, 6).

La oración es una de las grandes experiencias del ser humano en relación con Dios; en ella nos situamos ante Él que está ahí y nos encontramos; es un gesto interrelacional; gesto divino, Dios se nos manifiesta, y gesto humano, nos abrimos a Él y nos atrevemos a mirar, conversar e intimar, ser amados y amar.

Utilizo los verbos mirar y conversar que nos recuerdan a Teresa de Jesús. Y más principalmente, ser amados y amar que nos recuerdan a Juan de la Cruz:

...estando mi casa sosegada...  
 ...salí sin ser notada...  
 ...donde me esperaba  
 quien yo bien sabía  
 en parte donde nadie parecía...

allí “descúbreme tu presencia  
 y máteme tu vista y hermosura;  
 mira que la dolencia  
 de amor que no se cura  
 sino con la presencia y la figura...

...¡oh noche que guiaste...  
 que juntaste  
 amado con amada,  
 amada en el amado transformada!

Siendo así ¡cómo no hacer esta experiencia, que puede hacerse del modo más sencillo, y de esta manera gozar la experiencia de Dios!

Y hemos de introducir esta vivencia convirtiendo de este modo la catequesis en experiencia de Dios. Para llegar a ella habrá que ir atravesando puertas. De cómo ir abriendo esas puertas, debería tratar el esbozo de itinerarios.

### - Inmersión en la experiencia de los otros

En nuestro documento “Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy” hemos hablado en varios puntos de la importancia que tiene para la transmisión de la fe el que los iniciandos participen en aconteceres, reuniones, acciones, vivencias, celebraciones de la fe.

Hemos señalado que un rasgo identificador del nuevo paradigma es la inmersión, es decir, el modelo de iniciación por inmersión<sup>24</sup>, un modelo que no sólo cultiva la experiencia narrada o testificada sino alcanzada, lograda por proximidad, por ósmosis.

Paralelamente hemos destacado como factor implicado o elemento constitutivo del nuevo paradigma, un nuevo tejido de relación vivenciada con la comunidad y sus distintas expresiones de fe<sup>25</sup>. Nuestro modelo exige participación en la vida de la comunidad<sup>26</sup>; exige una catequesis más litúrgica que puede ser entendida en varios sentidos pero el que aparece primariamente definido en el texto es el “introducir en el proceso de iniciación las celebraciones del Misterio”.

Nuestra propuesta solicitaba la participación en la integralidad de las distintas reuniones de la comunidad, también en las manifestaciones del compromiso socio-caritativo. Esta participación ya ha sido presentada como lugar de experiencia de Dios en el taller 4: una jornada con Jesús.

<sup>24</sup> AECA, Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy, 41.

<sup>25</sup> Ibid., 39.

<sup>26</sup> Ibid., 37.

En este sexto taller hago referencia a las distintas posibles celebraciones de la fe, incluyendo la oración comunitaria - litúrgica. Recordemos que todo catecumenado está estructurado con la inclusión de determinadas celebraciones y con la participación de los catecúmenos, a partir de un cierto momento, en las sinaxis del día del Señor.

Con la propuesta de este taller pretendo algo más sencillo y menos ritualizado. Se trata más bien de elegir algún tipo de lugar y de oración - celebración (u otro tipo de explícita y confesante expresión dialógica con el Señor) que sean significativos y en los que el grupo de catequesis:

- pueda participar,
- pueda expresar cómo se ha situado y vivido esa experiencia,
- e incluso pueda dialogar con algunos de los miembros que han realizado esa acción para descubrir la vivencia que éstos tienen y manifestar la que ellos han tenido y sus interrogantes...

Estas orientaciones nos llevan a hablar de una catequesis como “verdadera mistagogía de la vida cristiana”. Un axioma que encontramos repetido cada día con más frecuencia y que no siempre aparece en su más auténtico significado.

La catequesis mistagógica implica que primero se celebra, se participa en la celebración y luego se desvela y profundiza el misterio celebrado. Nuestro planteamiento también en esto es diferente. No se trataría de durante o después de la participación hablar haciendo un desvelamiento del significado. El tiempo posterior a la participación el grupo lo dedicaría a hacer un memorial de la experiencia de Dios vivida, un memorial narrado personalmente, compartido comunitariamente, acompañado y guiado y, por tanto, revivido como nueva experiencia.

Con todas las características expuestas en este planteamiento queda enfocado el itinerario a seguir en este sexto taller.

La posibilidad de realizarlo se despertó en mí cuando hace un tiempo coincidí con un grupo de adultos catecúmenos que estaban realizando unas jornadas de dos días en un monasterio y participaban de la liturgia de las horas, de la oración silenciosa y de la celebración de la Eucaristía; incluso se acercaban a

la mesa de la fracción del Pan con los brazos cruzados sobre el pecho y el presidente de la celebración les signaba la frente con la cruz. Mi conversación con ellos me llevó a anotar la posibilidad de este taller.

### **- Ecos de los testigos**

Distintas voces proféticas nos han anunciado que la comunicación del Evangelio será obra de testigos y que el ser creyente será experiencia de místicos.

Los críticos de la cultura y sus valores revelan tal pérdida de puntos de referencia que obliga a los sujetos de hoy a descender a profundidades de reflexión personalizada y acompañada para afrontar las razones de vivir y para construir sus identidades; en nuestra sociedad muchos pueden quedar perdidos o con grandes fragilidades para realizar esa función humanizadora<sup>27</sup>. Con frecuencia, quienes padecen esta pérdida de referentes son los más sencillos, los más débiles y marginales que no tienen posibilidad de contar con apoyos para vivir con la dignidad de humanos.

Los educadores advierten la falta de modelos de identificación o hacen duras críticas de los que son exhibidos.

Una buena pedagogía, en consecuencia, consistiría en ofrecer a los destinatarios de la iniciación la suerte de entrar en relación con referentes personales que puedan despertar en ellos, con la espontaneidad de un impulso, el deseo de identificación o, al menos, el de conexión gratificante con sus vidas.

Pienso que para todos es iluminador ponernos en relación con la historia de estas personas, con sus rostros, con sus vidas y sus voces, de modo que podamos encontrar luz y sentir alegría. Es positivo mostrar directamente, con la transparencia del relato no racionalizado de su vida y con la inmediatez de sus palabras, lo que esas existencias son y han vivido; al hacerlo, puede brotar la admiración y salir del corazón una cierta sintonía.

---

<sup>27</sup> Martínez, D.; González, P; Saborido J. L., Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto, Sal Terrae, Santander, 2006, 48.

También es bueno que así lo hagamos en cuanto a la experiencia de Dios. Por eso, para terminar, señalo como último taller ponernos nosotros mismos y poner a quienes acompañamos en relación con genuinos y luminosos testigos de la experiencia de Dios, testigos de la mística.

No para argumentar verdades, no para apoyar apologeticamente afirmaciones ortodoxas del catecismo, sino para que el otro encuentre a “alguien con el que puede empatizar; para que conozca a alguien que le haga vibrar la piel, le lleve dentro y tenga tal eco en su corazón que le brote similar experiencia que la testificada; para que se relacione con alguien que, al contacto vivo con él, le brote el agua del Espíritu que ya está dentro de su propia roca.

La lista de estos testigos queda abierta para terminar de elaborar el taller. Habrá que elegirlos según sensibilidades y adecuarse al tipo de personas a las que queramos invitar a entrar en esa relación de proximidad vital. Como sugerencia ofrezco algunos después de haber leído la parte segunda del libro de Juan Martín Velasco titulado “Testigos y modelos” y algunos libros [incluido uno que está para ser publicado en la BAC] sobre “Conversiones” y después de haber dialogado con algún amigo intentando prestar atención al ayer y al hoy de la historia.

Mi deseo es empezar por:

1. Francisco de Asís...,

Hago esta propuesta valorando su genuidad evangélicamente primeriza, su acogida humanamente universal testimoniada por las encuestas, que incluye su actualidad para la sensibilidad ecológica.

No podemos pasar sin referirnos a nuestros místicos:

2. Juan de la Cruz...

3. Teresa de Jesús...

y pudiéramos añadir otro místico europeo.

Están los clásicos, siempre invocados:

4. Pascal...

5. Morente...

Y los de fuerte impacto en la primera mitad del siglo XX:

6. Bonhoeffer...
7. Edith Stein...

Señalo algunos de más reciente y, a veces, desconocida actualidad:

8. Dam Hammarskjöl...
9. Cristine Kaufmann...
10. Christian (prior titular de la Trapa de Nuestra Señora del Atlas en Tihhirine, Argelia) ...
11. Roger Schutz...

Finalmente creo importante fijar la atención en los testigos sencillos del entorno en el que vivamos; por eso el número doce lo titulo:

12. Los testigos menores de nuestra vecindad...

### **El reto del guía - animador**

No pongo este punto para desarrollarlo, simplemente lo menciono para recordar y afirmar aquí lo que ya hemos dicho sobre el nuevo perfil del catequista en “Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy”<sup>28</sup> porque es sustancial para animar este taller.

Aquí aparece precisamente con más evidencia que tiene más que la función de didacta, la de animador o mejor dicho, de acompañante - guía. En el mismo cuaderno hablábamos también de otras características de su misión: “hermeneuta, propedeuta, mediador, mayeuta y testigo”<sup>29</sup>. Creo que entre ellas la que más caracteriza a quien deba animar este tipo de talleres, es la de testigo; lo digo en el sentido de poder dar la mano a otros para vivir una experiencia que a él le es familiar, para la que él tiene el espíritu pronto y le brota como agua de su propio pozo, le brota fácil del manantial del que él bebe y vive.

Nadie abre la puerta de la que no tiene la llave; sólo se hace un verdadero regalo con aquello de lo que se disfruta. Sólo un maestro, un gurú, un rabí, puede ser catequista en esta experiencia. Sólo “el solidariamente capacitado para ello”, dice Panikkar, puede mostrar los caminos de la experiencia. Con

<sup>28</sup> AECA, Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy, 37.

<sup>29</sup> Ibid., 60.

temor y temblor debemos preguntarnos sobre esa capacidad que exige haber tenido, mejor tener en acto, la misma experiencia de Dios que queremos que el catecúmeno, a su modo, descubra.

Es hora de preguntarnos si el grupo catequético ha de contar sólo y siempre con un único catequista - animador o habrá que prever más servidores del grupo para responder a todas las demandas de su proceso; concretamente, disponer de algunos que puedan animar uno u otro de estos talleres.

## EPÍLOGO

He querido llamar epílogo a esta tercera parte última y muy breve de mi exposición porque es el término que mejor expresa su contenido; trato de decir algo sobre lo dicho.

Ante vosotros está lo que acabo de proponer. Es una propuesta que necesita ser dialogada, debatida entre nosotros y, sobre todo, no llegará a poder desarrollarse sin vosotros. Para compartir pareceres está el trabajo de grupos. En la puesta en común y en el diálogo irán apareciendo impresiones, aportaciones, coincidencias y debates, sugerencias y caminos.

Termino con una invitación. En el diálogo y trabajo en grupos vamos a dialogar sobre lo expuesto en la ponencia; si os parece oportuno, me parece importante que también deis respuesta a estas preguntas:

- Lo expuesto ¿abre un planteamiento que merece la pena seguir trabajando conjuntamente en AECA?
- ¿Puede ser interesante elaborar con detenimiento algunos de los talleres reseñados, u otros que vosotros propongáis, llegando a desarrollar metodologías concretas (que podamos experimentar o que ya hayan sido experimentadas)?
- Esta propuesta con ese posible material elaborado con la participación de todos nosotros en relación a los talleres que decidamos desarrollar ¿podría constituir -a medio plazo- un nuevo cuaderno AECA<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Así nació el Cuaderno 1.